



Birouk

Iván Turgenev

Regresaba de cazar, solo, en drochka. Para llegar a mi casa faltaban aun ocho verstas. Mi buena yegua recorría con paso igual y rápido el camino polvoriento, aguzaba las orejas y de vez en cuando soltaba un relincho en seguida sofocado.

Mi perro nos seguía a medio paso de las ruedas traseras. En el aire se oía la tormenta.

Lentamente, frente a mí, se levantaba una nube violácea, por encima del bosque; vapores grises corrían a mi encuentro, las hojas de los sauces se removían susurrantes.

El calor, hasta entonces sofocante, dejó paso a una fresca humedad, penetrante. Espolee a la yegua, descendí al barranco, atravesé el lecho desecado, cubierto de espinos, y al cabo de algunos minutos me interné en el bosque.

El camino serpenteaba entre masas de nogales y avellanos; reinaba profunda oscuridad, y yo avanzaba al azar.

Mi pequeño vehículo chocaba contra las raíces nudosas de tilos y encinas centenarias, o bien se hundía en las huellas dejadas por

otros carros.

La yegua empezó a sentir miedo.

Un viento impetuoso vino a penetrar en el bosque, ruidosamente, y sobre las hojas caían gruesas gotas de agua. Un relámpago cruzó el firmamento y le siguió el estampido de un trueno.

La lluvia se convirtió en un verdadero torrente, que me obligó a reducir la marcha; mi yegua se embarraba; yo no veía a dos pasos de mí.

Me guarecí en el follaje.

Acurrucado, tapada la cara, me armé de paciencia para aguardar el fin de la tormenta.

Al resplandor de un relámpago, distinguí a un hombre en el camino. Venía hacia donde yo me hallaba.

-¿Quién eres? -me preguntó con voz atronadora.

-¿Y tú?

-Soy el guardabosque.

Y cuando me hubé identificado:

-¡Ah!, ya se, ibas a tu casa -dijo.

-¿Oyes la tormenta?

-Es tremenda -respondió la voz.

En ese momento, el destello de un relámpago iluminó a mi interlocutor, y pude verlo claramente. Al repentino resplandor siguió un trueno y arreció la lluvia.

-Hay para rato -dijo el guardabosque.

-¿Qué se puede hacer?

-¿Quieres que te lleve a mi isba?

-Con mucho gusto.

-Sube, pues, a tu drochka.

El guardabosque tomó mi yegua por la brida y sacó el vehículo de la huella pantanosa donde nos habíamos detenido.

Me agarré al almohadón del vehículo, que se balanceaba como un barco en un mar tempestuoso.

La yegua resbalaba y a cada momento estaba a punto de caer... La espoleaba Birouk pegándole con el látigo, ya a la derecha, ya a la izquierda.

Avanzaba en la sombra, como un espectro, y una vez atravesado el bosque nos detuvo junto a su choza.

-Es aquí, mi amo.

Miré. A la luz de los relámpagos alcancé a ver una pequeña isba en medio de un recinto

de cesped.

Despues de atar el animal a la reja, el guardabosque fue a llamar a la puerta. Por una de las estrechas ventanas se filtraba un debil hilo de luz.

-!Ya! -grito una voz infantil, apenas hubo llamado el hombre.

Escuche unos pasitos precipitados de pies descalzos. Movieron el picaporte y una chiquilla de doce anos abrio la puerta.

-Alumbra al amo -dijo Birouk-, mientras llevo el coche al cobertizo.

La nina levanto los ojos y me hizo senas de que la siguiera.

Constaba la cabana del guarda de una sola habitacion baja, llena de humo y sin ningun tabique. Del muro colgaba una vieja manta desgarrada. Sobre un taburete habia un fusil y dos lios de trapos. Una claridad vacilante alumbraba triste y miserablemente la habitacion.

En medio de la estancia, una cuna se hallaba sujeta mediante una larga percha.

Tras apagar la linterna, la nina se sento en un taburete y se puso a mover la cunita con suave balanceo.

Observe este cuadro con el corazon oprimido. Solamente la ansiosa respiracion de la criatura adormecida turbaba el silencio sepulcral.

-.Estas sola? -pregunte a la chiquilla.

-Sola -me respondio, temerosa.

-.Eres la hija del guardabosque?

-Si -dijo balbuceando.

Se abrio la puerta y Birouk entro.

Al ver la linterna en el suelo froto una cerilla y encendio una vela que habia sobre la mesa.

Rara vez habia tenido ocasion de ver a un tipo tan fuerte. Grande, poderoso de espaldas y de pecho, y bien plantado de talle. Sus vigorosos musculos resaltaban bajo la remendada camisa. Una negra barba le cubria masculino y duro el menton, cejas tupidas sombreaban sus negros ojos, de mirada viva. Se planto frente a mi, las manos en la cintura.

Agradeci su ayuda y le pregunte su nombre.

-Foma -dijo-, y Birouk, por sobrenombre.

Lo examine con atencion. Muchas veces Jermolai y los paisanos me habian hablado de este guardabosque; le temian como al rayo, a causa de la eficaz diligencia que ponía en sus funciones.

Con él, era imposible robar ni un pequeño haz de lena. Hiciera el tiempo que hiciera, siempre estaba al acecho, dispuesto a caer sobre el merodeador. Con frecuencia le habian tendido emboscadas. Pero él siempre se habia alzado con la victoria.

-!Ah! -dije despues de recordar-, !Eres Birouk! He oido decir que eres implacable.

-Sencillamente cumplo con mi deber - repuso bruscamente-. Debo ganarme honradamente el pan que me da mi amo.

-Así, pues, .no tienes mujer?

-No -dijo tristemente-, mi pobre amiga ha muerto; pronto hara tres meses que nos dejo.

-!Pobres niños! -murmure.

Pero él ya habia desechado sus dolorosos pensamientos y salio, dando un portazo. Examine la isba, que me parecio aun mas triste. Un olor acre de humo se me metía en la garganta. La chiquilla, sin moverse del taburete, seguía balanceando la misera cuna.

-.Como te llamas?

-Aulita -respondio debilmente.

-La tormenta remite -dijo entrando el guardabosque-. Si el amo lo dispone, yo lo conducire a la linde del bosque.

Me dispuse a partir.

Pero Birouk tomo su fusil y examino la bateria.

-.Y para que esa arma?

-Ahi, en el barranco de Kabouyl, apostaria a que estan cortando lena.

-No podrias oirlo desde aqui.

-De aqui no, pero si desde el patio.

Partimos. Ya no llovía. En el horizonte se prolongaba una espesa cortina de nubes, que era surcada por relampagos. Sobre nosotros, el cielo tenia un sombrío color azul, y las coquetas estrellas procuraban atravesar con su brillo las humedas nubes.

Respire con placer el olor penetrante del bosque mojado, y escuche el ruido ligero de las gotas que caian de las hojas.

Birouk me saco del ensueno.

-Allí es -dijo, señalando hacia el oeste.

Yo nada oía, sino el dulce susurro de la brisa al pasar y de las hojas al caer.

-Ya les dare- dijo mientras me traía el coche.

-Dejemos aquí mi drochka. Permíteme que vaya contigo al barranco.

-Bien, mi amo. A la vuelta te acompañare.

Fuimos.

El guardabosque iba delante, yo lo seguía dificultosamente a través de los matorrales y de la crecida maleza. De trecho en trecho se detenía para decirme: «.Oyes los hachazos?»

Pero a mis oídos no llegaba ruido alguno.

Minutos más tarde ya estábamos en el barranco; amainó el viento, y alcancé a oír nitidamente los hachazos.

Seguimos nuestro camino atravesando por entre la maleza; el musgo, rebosante de agua, cedía bajo nuestros pies como una esponja cuando la aprietan.

Me llegó al oído el rumor de algo que se quiebra, sorda y prolongadamente.

-Se acabó -rezongó Birouk-, lo cortaron.

Ya menos oscuro el cielo, nos hallábamos en la extremidad del barranco.

-Quédete aquí -me dijo el guardabosque.

Con paso furioso se agachó, manteniendo en alto el fusil, y se arrastró entre los matorrales.

Yo escuchaba con atención. Se oían unos golpecitos rápidos, el hacha que desbroza de ramas el árbol caído. Después, el ruido rechinante de las ruedas de un carro. Asomé el caballo.

-!Alto ahí! !Eh! !Para! -vociferó Birouk. A estas palabras siguió una queja lastimera.

-!No te escaparás, viejo! -gritó el guarda-

!Espera!

Me precipité hacia el lugar de donde salían los gritos, y después de tropezar varias veces llegué junto al árbol derribado.

Birouk tenía tendido en tierra y fuertemente sujeto al paisano. Al verme lo dejó incorporarse. Era un pobre hombre, de sucia cara y barba revuelta. A pocos pasos se hallaba el carro y un viejo jamelgo.

El guardabosque, con la manaza siempre agarrada al cuello del ladrón, tomó al animal por la brida.

-Adelante, Corneja -dijo vivamente.

-El hacha, recojala -le pidio el paisano.

-Cierto -murmuro Birouk-, puede servir. Y levanto el hacha.

Volviamos, yo tras ellos. Durante el camino comenzo de nuevo la lluvia y aguantamos un chaparron. Despues de una penosa marcha llegamos a la choza.

Birouk deajo el caballo en medio del patio, sujeto los perros y nos hizo entrar en la isba. Cuando el guardabosque le hubo desatado las munecas, el prisionero se sento en el banco.

-!Que aguacero! -dijo Birouk-. Ahora no puedes partir. Descansa, por favor, yo enjaulare a este pajaro al otro lado.

-Gracias, pero no le causes dano.

El paisano me miro con agradecimiento.

Me prometi gastar toda mi influencia en conseguir apaciguar la severidad del guardabosque.

En un rincon estaba quieto el infeliz, palida y ensombrecida la cara, la desolacion en los ojos.

Los ninos estaban dormidos. Sentandose a la mesa, Birouk tomo su cabeza entre las manos. En medio de un absoluto silencio, un grillo comenzo a cantar.

-!Foma Birouk! -exclamo el paisano-.

!Foma, Foma!

-.Que hay?

-Deja que me vaya.

El guardabosque permanecio callado.

-Te lo suplico..., el hambre... ya ves... dejame libre.

-Te conozco -dijo el guarda con sequedad-, tu vida es robar, despues robar, robar siempre.

-Deja que me vaya -prosiguio el palurdo-, sabes..., !ah!, el intendente tiene la culpa, !el nos arruino a todos!

-Esa no es razon para robar.

Suspiro el paisano; movimientos febriles lo sacudian y agitaban su respiracion.

-!Piedad! -clamo con desesperacion-. !Mis hijitos se mueren de hambre, sueltame!

-No robes.

-Pobre caballo mio, no tengo otra cosa.

-Basta, callate y permanece quieto, porque aqui hay un senor.

Birouk se acomodo tranquilamente de codos en la mesa. Seguia lloviendo. Yo esperaba ansioso el fin de semejante escena.

De repente, el paisano se incorporo, con un esfuerzo supremo, y grito:

-!Ah, tigre sediento de sangre! .Crees que no vas a morir, lobo rabioso?

-.Estas borracho? -dijo el guardabosque.

-Si, estoy borracho, .he bebido por cuenta tuya, devorador de hombres? !Si, quedate mi caballo, tu te iras tambien! !Tigre!... Esta bien, !pega!

El guardabosque se habia puesto en pie.

-!Pega de una vez! -grito furioso el paisano.

La pequena Aulita se habia levantado y estaba delante del desgraciado.

-Ahora, silencio -dijo el guarda. Y caminando tomo al ladron por los hombros como si lo fuese a sacudir con violencia.

Corri en defensa del infeliz.

-!No te muevas, senor! -me grito Birouk.

Pero nada me intimido y ya tenia cerrados los punos, cuando con gran sorpresa mia, Birouk desato la cuerda que ataba los brazos del ladron; luego, agarrandolo por el cuello, abrio la puerta y lo lanzo fuera.

-!Vete al diablo con tu caballo!

Silencioso, el guarda entro de nuevo en la isba.

-Bien -dije a Birouk-, me has asombrado; eres un buen hombre.

-Dejemos eso, amo -rezongo-, y no lo cuentes a nadie. Puesto que ya no llueve, ahora puedo acompanarte.

-!Ah, como corre! -dije escuchando el ruido de un carro que pasaba.

Una hora despues me despedia de Birouk en la linde del bosque.

FIN

2010- Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Sútese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#). www.biblioteca.org.ar/comentario

